

# EL DILUVIO

Diario republicano - Dos ediciones diarias

Información española y extranjera, Artes, Ciencias y Literatura

EDICION de la TARDE

Subscripción: Barcelona, ptas. 150 al mes. Fuera, ptas. 3 trín. Extranjero ptas. 6 trín

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES

ANUNCIOS Y SUSCRIPCIONES

Escudillers Blancs, 8 bis, bajos.

Plaza Real, 7, bajos. Teléfono 630.

## TEATROS

**Teatro Moderno Cine (Gracia)** - Extraordinaria sesión de Moda, para hoy, jueves, 18. — (Acontecimiento artístico)—HOY, estreno HOY, importantísimo estreno HOY, del magnifico drama, en tres actos y en prosa, de los Quinteros

**MALVALOCA**

Sábado, día 20: El afinador (2 actos) y La cuerda floja (1 acto).

## Crónica diaria.

A las diez y media de anoche recorriendo su demarcación el guardia Juan Sala oyó decir que dentro del convento de los padres agustinos, sito en la Travessera de Sant, número 63, se había arrojado dentro de una balsa de agua de unos quince metros de profundidad, uno de los criados del mismo llamado Enrique Maña, de 17 años, pereciendo ahogado.

La policía, que es la que ha intervenido en el suceso, ha dado conocimiento del hecho al Juzgado, el cual se ha personado al convento procediendo al levantamiento del cadáver.

Se ignoran los móviles del suicidio y aun es creencia que el suceso reviste caracteres misteriosos que el Juzgado se cuidará de aclarar.

El Círculo Artístico comunica haber tomado el acuerdo de celebrar de Enero a Abril próximos una Exposición internacional de muebles y artes decorativas, gráficas, joyería, orfebrería y confort moderno, que tendrá lugar en el Turó-Par simultáneamente con el Salón Automóvil que organiza el Auto Móvil Club de Cataluña.

La Exposición, instalada con todo lujo y esplendor, contendrá trabajos de los más reputados artífices y será la más bella manifestación de arte que haya podido celebrarse en Barcelona y que pondrá una vez más de relieve nuestros artistas.

Telefonemas detenidos en la Central de Teléfonos por no encontrar a los destinatarios:

De Tortosa, Domingo Sarani, calle Cadena, 4, 1.º, 1.º; de Manresa, María Raventós, Muntaner, 315; de Guadix, Dionisio Checa, Posada Ruiz, frente estación; de Almería, Luis Lamaña, Universidad, 4.

En La Torrassa, barriada limítrofe de Sans, se preparan para los días 25, 26, 27 y 28 del corriente grandes festejos con motivo de celebrarse la fiesta mayor de la misma.

Entre ellos figurarán grandes bailes en el entoldado, reparto de bonos, cucañas, corridas de sacos y elevación de globos.

El Comité organizador del Aplech musical a Montserrat previene a los señores que tienen encargados carnets de abono para dicho festival que de no recogerlos por todo el día 19 del corriente en las oficinas, rambla de les Flores, 19, 1.º, de nueve a una de la mañana y de tres a siete de la tarde, se verá precisado a cederlos para atender a las múltiples demandas que diariamente se le hacen.

El abono quedará cerrado el día 20.

La Associació Protectora de la Ensenyansa Catalana convoca a los niños y niñas catalanes a un concurso de historia de Cataluña que se celebrará en la primera quincena de Enero de 1913. El concurso será patrocinado por la Associació Protectora de la Ensenyansa Catalana, Unió Catalanista, Lliga Regionalista, Centre Nacionalista Republicà, Ateneo Barcelonès, Institut d'Estudis Catalans y Estudis Universitaris Catalans.

Los ejercicios serán orales y públicos y en lengua catalana.

Los premios en metálico se darán en libretas de la Caja de Pensiones para la Vejez y de Ahorro, con el ingreso hecho en efectivo.

La correspondencia debe dirigirse a la calle del Conde del Asalto, 4, 1.º

En la sesión extraordinaria de junta general de la Sociedad Protectora de los Animales y de las Plantas de Cataluña, celebrada en el Instituto Catalán de San Isidro, fué acordada la modificación del artículo 32 de los estatutos y fué elegido vicepresidente don Eduardo Perelló.

Telegramas detenidos en la Oficina de Telégrafos por no encontrar a los destinatarios:

Roma, Salvatore Soraci; Artesa, Juan Marsal, Verdi, 9, 2.º, 4.º; Zaragoza, Noves López, San Antonio de Padua, 7, entresuelo; Manresa, Isidro Soler, Fábrica Cleroso; Madrid, José Manaus, Paseo de Gracia, 19; Tárrega, José Utges, Bailén, 199, 1.º, 1.º; Cartagena, Pedro Baillo, 20, 3.º, 2.º

## Las matemáticas de una baraja.

Probablemente no habrá jugador que no haya pensado alguna vez en las múltiples combinaciones que se pueden hacer con una baraja. En un juego como el whist o el bridge, en los que cada jugador recibe una mano de trece cartas y juega con una baraja de cincuenta y dos naipes, el número total posible de manos diferentes que puede repetirse pasa de seiscientos millones. El número es 635,013,559,600.

Sin embargo, por grande que parezca este número es pequeño, insignificante casi, comparado con el número total de combinaciones que puede resultar después de barajar las cincuenta y dos cartas. Como ocuparía mucho espacio el número, baste decir que empieza con 80 y va seguido de sesenta y seis cifras diversas.

Sería imposible concebir el significado real de tal número; pero puede formarse una idea de su inconcebibilidad por lo menos con los siguientes cálculos:

Supongamos que dos mil millones de seres humanos (cada uno provisto de una baraja

francesa) tratase de hacer todas las combinaciones posibles con las cincuenta y dos cartas, y supongamos que trabajasen incesantemente sin descansar ni de día ni de noche desde primeros hasta fines de año, a razón de una nueva combinación cada segundo, por cada persona, durante un período de cien mil años.

Como la población total del mundo se calcula hoy en 1,600,000,000, la hipótesis que sostenemos es que una población una cuarta parte mayor que la que ahora existe en la tierra ha invertido todo su tiempo en un intervalo más de cincuenta veces mayor que la duración del cristianismo en combinar cartas a razón de una combinación por segundo, o sean más de 31,000,000 de combinaciones anuales por cabeza.

En vista de tales cifras quizás pregunte el lector cuántas veces se ha completado el número total de combinaciones con tan vasta suma de esfuerzo humano y a esto hay que contestar sencillamente: ni una sola vez.

### Los pantalones de Taft.

Cuando tenía siete años Mr. Taft, el presidente de los Estados Unidos, le compró su madre unos pantalones cortos, de lana, que en cuanto los lavaron la primera vez se le encogieron de un modo extraordinario. El muchacho estaba gordo y apenas podía meterse los calzones; pero su madre se empeñó en que se los pusiera y Taft tuvo que obedecer, aunque protestando. Enseguida salió a la calle y a los pocos momentos volvió diciéndole:

—Mamá, me es imposible llevar estos pantalones, porque me están muy chicos. Me están más estrechos que el pellejo.

—Eso no puede ser —replicó la madre—, no hay nada que esté más estrecho que el pellejo de uno mismo.

—Bueno; pues, a pesar de lo que dices —repuso el muchacho—, te aseguro que tengo razón, porque puedo sentarme sin quitarme el pellejo y, en cambio, me es imposible hacerlo sin quitarme los pantalones.

### Valor nominal del agua.

Aunque casi todo el mundo admite la gran necesidad que tenemos del agua para poder completar nuestra existencia, es bien limitado el número de los que conocen la proporción de ese líquido que entra en nuestro alimento cotidiano.

El hombre es uno de los animales que están provistos de aparato digestivo apropiado para alimentarse de vegetales y animales; carnívoro como el tigre, no puede, como este, vivir sólo de carne; tiene imperiosa necesidad de consumir vegetales y, más que nada, consumir agua, que es el conductor para la absorción de las sustancias nutritivas en el estómago. Comenzando por las carnes que consumimos, la carne de vaca tiene como 75 por 100 de su peso de agua; otras carnes son menos acuosas, y, g., la de cordero tiene 64 por 100 de agua; la de cerdo de 50 a 60 por 100. La carne de pichón o paloma contiene tanta proporción de agua como la de vaca; el pato sólo tiene 70 por 100.

No por vivir en el agua tienen los peces más proporción de este elemento en sus carnes; la cantidad de agua fluctúa entre ellos, como en los otros animales terrestres, entre 40 y 80 por 100.

Los vegetales puede decirse que nos hacen pagar más caro lo poco que intrínsecamente representan, pues la proporción media es de 90 por 100. En la familia de los pepinos esa proporción sube mucho más todavía.

Si examinamos las frutas, delicado manjar de nuestras mesas, veremos que aquí no se decaimiente el dicho "que los hijos cuestan caros", pues la succulenta manzana contiene 82 por 100 de agua, y la fresa, que nos parece tan compacta, 90 por 100. El que quiera pagar

poco por agua en las frutas debe comprar uvas, en que la proporción es de sólo 80 por 100. Se asegura, por datos estadísticos, que la civilización de un pueblo se puede hoy apreciar por la cantidad de trigo que consume. Realmente el consumo de harina de trigo es cada día mayor; ya no es sólo pan cocido lo que comemos la imaginación culinaria se aguzó y cada repostero famoso inventa una torta, un pastel o un bizcocho. El trigo es quizás un alimento que tiene en estado natural la menor proporción de agua, el 12 por 100; pero nunca se come nada de trigo donde no se supla más agua, y esto comprueba aun más la avidia con que buscamos ese elemento en los artículos de nuestra alimentación. Al transformar el trigo en harina le agregamos más de tres veces su cantidad de agua, pues las harinas tienen de 45 a 50 por 100 de este líquido, y sólo con ese aumento de agua, y debido a los cambios físicos y químicos que aporta, es por lo que apreciamos panes y pasteles que, de otro modo, no serían apetecibles. El hombre no se contenta con vivir de sólidos; busca también líquidos y productos que sacien su voraz apetito; ordena la vaca y paga por la leche, no bautizada, 86 y 88 por 100 de agua.

La Naturaleza ha sido prudente en su distribución de agua. En los alimentos que se pueden comer crudos la proporción es mayor que en los que requieren el artificio de cocerlos; pero el hombre no ha hecho otra cosa que imitar a aquélla al cocinar esas sustancias, pues el cocinero, sin saberlo, suple agua al plato que condimenta.

¿Tendrán razón los vegetarianos?

## Corazones embalsamados.

Se intentó morir en París el reverendo padre Francisco Delaplace, superior de los misioneros del Espíritu Santo. Conforme los deseos del difunto y con las tradiciones de la Orden, el corazón de dicho sacerdote ha sido depositado en una urna para ser conservado en tres aromas. Con motivo de esa resolución *Le Temps* ha tratado de averiguar el paradero de algunos corazones históricos que fueron embalsamados y conservados durante algún tiempo.

Es antiguo el uso de conservar los corazones de personajes eminentes y no es fácil de terminar cuándo comenzó a adoptarse esta práctica, relacionada con el culto a los muertos, observado en casi todos los pueblos y edades, aun en las prehistóricas. Ya desde los tiempos primitivos ha sido tenido el corazón por el órgano del hombre noble por excelencia y se trató de guardarlo como reliquia.

La mayor parte de los corazones que se conservaban en Francia desapareció durante la tormenta revolucionaria, sobre todo por ser valiosos los metales, oro o plata, que ser-

vían de envoltura a tales vísceras, y que tenían generalmente la forma de éstas.

En el Hotel de los Inválidos de París se hallan depositados aun los corazones de Turcena, de la Tour d'Auvergne, de Kleber, de Napoleón y de algunos otros generales famosos y, por último, el de la señorita Yombreuil, que estuvo casada con el conde Villume.

Durante la revolución francesa fueron embalsamados algunos corazones: el de Lazorovsky, el polaco del 10 de Agosto; los de Beauvais y Gasparin, representantes del pueblo, y el de Marat, suspendido de la bóveda del Club de los Franciscanos meses y meses y relegado, por último, a un armario, del cual fue sustraído andando el tiempo para desaparecer como otros muchos corazones.

También merece ser citado el corazón supuesto corazón del delfín Luis XVII, que se encontró en un muladar, donde fue abandonado con otros objetos después de la muerte del doctor Pelletou, y no fue aceptado por la duquesa de Angulema cuando le fue ofrecido.

## Corazón vendido.

Estruendosa salva de aplausos acogió el gracioso brindis del último comensal. El champaña pérfido y dorado se agitó bulliendo en las copas levantadas de cien manos temblorosas, y Cora, la linda Cora, sentada a la cabeza de una mesa, sonrió como una diosa.

—¿Quién eres?—le preguntó Astul, el poeta de los versos de colores, rozando con sus labios ardientes el hombro desnudo de la cortesana.

—Soy Cora, la bailarina.

—¿Quieres darme tu corazón?

—Mi corazón no se da; mi corazón se vende—repuso ella sacudiendo con el orgullo del cinismo su cabeza de reina, coronada de brillantes.

El poeta, pálido, se inclinó y, envolviéndose en su capa de terciopelo, salió de la sala del festín grave y taciturno.

Dos años pasaron, dos largos años, durante los cuales sólo el frío y el infortunio visitaron la buhardilla del poeta pálido.

Y una noche de invierno, envuelto en su capa, fué a la mesa de la orgía donde pensaba encontrar a Cora, la bailarina.

Allí estaba ella, en efecto, rodeando con su brazo de mármol el cuello de Eugenio Cock, el imbécil millonario.

—¿Quieres darme tu corazón?—le dijo el poeta con una voz tan queda como el suspiro de una maravillosa enamorada.

—¿Legaste tarde; ya lo he vendido—repuso Cora, soltando una carcajada y señalando con una mano cuajada de anillos un estuche de felpa roja que le ofreció el millonario.

Astul saludó y, embozándose en su capa oscura, abandonó paso a paso la sala del festín mudo como una sombra.

Pasaron otros dos años. La gloria y la fortuna tejieron una doble corona para la frente de Astul, el de los sonoros versos.

Y fué una noche inolvidable de triunfos y regocijos cuando el poeta y Cora, la bailarina, volvieron a encontrarse en la sala del festín.

Entonces ella se acercó a él y, mirándole con sus ojitos brillantes como las facetas de una piedra preciosa, le dijo:

—¿Me amas todavía?

El apuró una copa, sin contestar.

—¿Quieres mi corazón?—insistió Cora con timidez.

—¿Tu corazón?—exclamó el poeta con amarga sonrisa.—¿Acaso es tuyo? Un corazón que se vende no se recobra jamás.

Al decir estas palabras con acento franco y rebil, la palidez de Alda se hizo interesantísima y su rostro se contrajo repentinamente.

— ¡Oh! — prosiguió — la conciencia me recrimina el haber hecho sufrir tanto á esa noble y santa criatura. Sí, fui mala, muy mala con ella. He pensado lo que había de hacer para obtener su perdón y lo he encontrado.

Sus mejillas volvieron á colorearse, sus ojos brillaron y sin dejar á Darío tiempo de interrumpirla continuó:

— Entre su vida y la mía no he vacilado; yo me sacrifico con alegría para librarme de un monstruo como tú. Filippo ha hablado y yo he corroborado su declaración y prometido ponerte en manos de la justicia.

Darío lanzó una espantosa blasfemia. Después, con voz sibilante, gritó:

— ¡h, infame!

— *Bella Turinense* no perdió la calma, no tuvo miedo de que aquel hombre, ca el colmo del furor, le acometiera.

Y, apuntándole con el revólver, exclamó:

— Sí, sería infame que yo te dejase comparecer ante la justicia, porque el escándalo recaería en seres inocentes. Sí, he prometido auxiliar á la justicia para que se apodere de tí; pero cuando los magistrados entren aquí no encontrarán más que dos cadáveres.

Darío no apartaba de la joven sus miradas ardientes, despavoridas.

El sudor corría por su frente; levantó los brazos como para rechazar una visión aterradora.

— ¿Tienes miedo á la muerte? — dijo Alda con acento casi grave. — ¿Preferes la deshonra, la miseria, la burla? ¡Vil! ¡Vil! Yo soy menos culpable que tú y no tiemblo; prefiero una muerte suave á una vida desesperada; los tormentos del infierno á los mordiscos del remordimiento. Si tú fueses fuerte, si una sombra de arrepentimiento se levantase en tu alma, te pondría esta

mano en las manos para que tú mismo te hicieses justicia. Pero ésta no te serviría más que para cometer un nuevo delito; para desembarazarte de mí;

ahora yo misma he firmado tu condena y la mía.

Se interrumpió; llamaban á la puerta de la casa.

La *Bella Turinense* sonrió; no perdió su calma y murmuró:

— Ha llegado la hora.

Darío, presa de un terror loco, se arrodilló delante de ella.

— ¡Sálvame, por piedad!

Alda le miró fijamente.

— ¿Que yo te salve? — exclamó —. ¿Y lo crees posible? Si yo fuese tu única esperanza quizás te perdonaría; pero hay muertos que me gritan que les vengues y yo obedezco.

Le apuntó con el arma á la cabeza y oprimió el gatillo; la bala salió silbando y alcanzó á Darío en la frente.

Este arrojó un grito, y aunque cegado por la sangre, herido mortalmente, tuvo fuerzas para arrojarse sobre Alda y arrancarle de la mano el revólver que ella había apuntado á su pecho.

El arma se disparó; pero el proyectil fué á incrustarse en la pared.

—¡Vive!... ¡Te perdono!...—dijo Darío cayendo al suelo.

En aquel momento se precipitaron en la estancia el magistrado Barto y un viejo delegado.

—¿Qué ha sucedido?—preguntó severamente el magistrado dirigiéndose á Alda.—¿Le había usted avisado?

La *Bella Turinense* había caído sobre una silla y tenía la mirada fija en Darío.

A la pregunta fatal no respondió; pero se llevó la mano á la garganta como si se ahogase.

El delegado levantó á Darío, que no daba ya señales de vida.

—¿Ha muerto?—preguntó el magistrado.

—No.

—Es preciso avisar á un médico enseguida; entretanto, pongámoslo aquí.

Le colocaron en el lecho de la *Gata* y trataron de restañarle la sangre que corría por su frente.

Darío lanzó un profundo suspiro y abrió los ojos.

—Soy yo quien le ha matado—dijo Alda con voz débil.

Darío la oyó.

—No la crean, no es verdad; yo mismo me he herido—dijo con voz jadeante.

Ahora que su exaltación había desaparecido, la *Bella Turinense* se aterraba de su obra.

¿Tenía el derecho de erigirse en juez del culpable?

Las lágrimas corrían por sus mejillas.

—Sí, sí, yo soy quien le ha matado—repitió—, él quería escapar y yo no he vacilado; ahora me toca á mí.

Su madre, que estaba á su lado, trataba en vano de hacerla callar. La *Gata* ignoraba los proyectos de su hija.

Alda la había dicho que irían dos personas á buscarla á ella y al conde.

La ordenó que no se moviese de la cocina y cuando llamasen aguardara algunos minutos antes de abrir.

El ruido de los disparos la había asustado; creyó que Giulio había matado á su hija.

—Tiene fiebre, delira—decía la *Gata*.

El delegado había descendido á la calle para ordenar á un guardia que avisase á un médico.

Nadie en la casa había oído las detonaciones porque la habitación donde se había desarrollado la escena daba á un patio estrecho y deshabitado.

El médico no tardó en llegar, y, después de examinar atentamente al herido, dijo con gravedad:

—Sería inútil tratar de extraerle el proyectil; no se lograría y le haríamos sufrir en vano. Dentro de pocos minutos este hombre habrá muerto.

—¡Muerto!—exclamó el magistrado.

—¡Muerto!—repitió con voz anhelante Alda acercándose al lecho—; ¡Dario, Dario, quiero morir contigo!

El magistrado la impuso silencio y dirigiéndose al médico preguntó:

—¿Podrá aún hablar?

—Sí, pero los minutos de su vida están contados.

—Pues bien, tengo necesidad de los minutos que le quedan; tiene que hacerme el herido una revelación importante; le ruego que se retire.

—Muy bien—dijo el médico—; pero como mi presencia aquí pueda ser necesaria, me quedaré en la habitación inmediata.

Y salió seguido de los otros.

El magistrado cerró la puerta.

Tenía un aspecto grave, de preocupación.

Hasta entonces el magistrado había obrado con mucha cautela y sagacidad.

Antes de hacer públicamente la acusación contra el conde de Monterani y promover un escándalo en perjuicio de una familia estimada, había hecho otras minuciosas pesquisas.

Se encontró el lugar donde estaban sepultados los restos del *Tenebroso* y se halló intacto el cráneo, pudiéndose notar la falta de los dos dientes puesto que los otros estaban en perfecto estado de conservación.

Aquel esqueleto fué secretamente conservado, porque constituía una prueba aplastante contra el falso conde.

Pero esto no le bastaba al magistrado, que buscaba otras pruebas, y habría dado cualquier cosa por convencerse de que se había engañado.

Porque pensaba en la condesa Vittoria, en el escándalo que recaería sobre aquella mujer tan joven, tan bella, tan infeliz.

Su conversación con la *Bella Turinense* le había quitado toda ilusión.

Pero, en vez de extender en seguida un auto de prisión contra Dario, el magistrado continuó procediendo cautelosamente.

Él iba á casa de Alda para oír la confesión del miserable, como Alda le había prometido; pero se había guardado bien de decir al delegado que le acompañaba de qué se trataba y quién era la persona que no había de salir libre de aquella casa.

Le había dicho sencillamente que dudaba de la cortesana y que iba á verla en práctica de una diligencia.

El delegado debía apostar algunos guardias alrededor de la casa de la *Gata*.

Pero la cosa había salido de distinta manera. En el momento que la *Gata* abrió la puerta se oyó la detonación.

El magistrado creyó que le habían tendido un lazo y se hizo seguir por el delegado. Éste no reconoció al hombre herido; pero el comendador Barto había escuchado la sentencia del médico casi como un alivio.

Y ante aquel lecho de muerte evocaba la pálida y bella figura de la condesa de Monterani.

—Este hombre ha sido un gran criminal—pensaba—; pero con su muerte lo purga todo. ¡Ah, si pudiera al menos evitar el escándalo!

El moribundo tuvo un estremecimiento y abrió los ojos.

El magistrado se inclinó hacia él.

—¿Me reconoce?—le preguntó.

Los labios de Darío temblaron. El moribundo fijó su mirada en el magistrado y murmuró:

—Sí, le reconozco. No queda impune ningún delito.

—¿Confiesa ser Giulio Pantaso y haber matado con la complicidad de Alda al verdadero conde de Monterani para ocupar su puesto?

—Sí, lo confieso—respondió penosamente el herido—. No fui ya dueño de mí el día que conocí la historia del *Tenebroso*; todos mis malos instintos, mis malas pasiones despertaron. La idea de los placeres de que podría disfrutar, la sed de amor, la ambición, todo ello me arrastró al abismo. Pero Alda es inocente, lo juro, y en este instante no se miente. Yo solo cometí el crimen; Alda trató en vano de impedirlo y si calló fué porque me amaba. Ella me lo ha sacrificado todo; yo he sido con ella cruel y vil, como lo fui también con mi esposa.

Una lágrima desprendióse de sus ojos. Hizo un gesto de terror y respirando apenas preguntó anhelante:

—Moriré, ¿no es cierto?

—Sí—respondió gravemente el magistrado.

La alegría se reflejó en el rostro del herido.

El magistrado, sin apercibirse, continuó:

—Su muerte no borra su crimen; otros inocentes sufrirán la pena; yo no puedo callar, tengo que cumplir con mi deber.

—Así, pues, sabrán todos que yo he sido un ladrón, un asesino, y mi esposa, pura, inocente, será objeto de mofa; su odio, sus maldiciones me perseguirán hasta la tumba... ¡Dios mío! Es demasiado castigo; la cabeza me estalla. Ahora es cuando comprendo todo lo infame que he sido.

Su rostro se puso lívido, sus labios se contrajeron y sus ojos se cerraron.

El magistrado no llamó al médico; pero con un poco de agua frotó la nariz y las sienas del herido.

Éste se repuso un poco y murmuró:

—¡Gracias!

El magistrado permanecía sereno.

—Ha sido usted mismo quien se ha herido?

El moribundo experimentó un temblor imperceptible.

—Sí, lo juro—repitió.

—¿Está arrepentido de sus delitos?

Darío recuperó con esfuerzo la respiración y con acento angustioso dijo:

—Quisiera que leyese en mi corazón si me arrepiento; pero ¿esto es quizás bastante? Quisiera poder reparar todo el mal que he causado y es demasiado tarde.

Los sufrimientos físicos no eran nada comparados con los padecimientos morales.

Y por muy culpable que hubiese sido aquel hombre, se convertía en aquel momento en una persona sagrada, ante la cual cesaba la burla, el desprecio para dar lugar al perdón, á la piedad.

El último acto de su vida le rehabilitaba en parte.

Morfa arrepentido, sin acusar á la que le había matado, antes al contrario tratando de salvarla.

El magistrado inclinóse más aún hacia él y con voz grave le dijo:

—¿Y si yo le prometiese que su terrible secreto sería sepultado con usted y que no se mancharía de lodo el nombre de su esposa?

El estupor, la angustia, la esperanza, se reflejaron sucesivamente en el rostro del moribundo.

Éste quiso responder; pero no lo logró, y lanzando un gemido sepultó la cabeza en la almohada y cerró los ojos...

#### IV.

La condesa Vittoria no se había acostado; en vano trataba de librarse de la inquietud que pesaba sobre su alma. No lo lograba.

Aniquilada por tantos meses de lucha, por la fiebre padecida, se sentía presa de una excitación nerviosa llevada al máximo grado.

Aquella noche encontraba quietud. Tenía el rostro de una moribunda: los ojos le brillaban siniestramente.

Se encaminó á la galería para respirar; pero después de unos minutos volvió á su alcoba.

Pensaba en lo que Alda le había dicho algunos días antes y su ansiedad aumentaba; no es que temiese por su marido; cualquier castigo le habría parecido ligero para aquel infame que la había engañado á ella, buena, noble y honrada, que había cometido tantos delitos y había causado tantas víctimas.

Pero aquellas enigmáticas palabras de Alda la asustaban.

Las horas transcurrían sin que se calmase su inquietud.

De repente se sobresaltó.

El timbre eléctrico de la puerta de la casa vibraba bajo la presión de una mano impaciente.

Debía ser la media noche.

Vittoria se levantó y, cruzando la salita, abrió la puerta del corredor.

Enseguida llegó á sus oídos un rumor de voces y oyó pasos en el vestíbulo y en la escalera.

¿Irían á prender á su marido?

Se puso á escuchar.

El rumor crecía; la voz del criado de Darío dominaba la de los demás. Parecía que diese órdenes.

Vittoria pensó salir para ver lo que sucedía.

En aquel momento compareció Pía á medio vestir y asustada.

También ella había oído el rumor de muchas voces y había saltado del lecho por si ocurría algo á su dueña.

—¡Oh! ¿Eres tú?—dijo Vittoria—. Vé á enterarte de lo que sucede.

Pía salió sin responder y un momento después regresaba en compañía del juez Barto.

Vittoria se puso lívida al verle.

—¿Así, pues, no se engañaba? Habían ido á prender á su marido.

Y permaneció inmóvil, altiva, sin que su rostro expresase pena ni embarazo.

El magistrado se inclinó.

—Perdone, señora condesa—dijo—, si á hora tan intempestiva me tomo la libertad de presentarme á usted; pero tengo urgente necesidad de hablarla.

Ella le dirigió una de esas miradas que llegan hasta el alma.

—Venga, caballero—le respondió, precediéndole á la salita, iluminada simplemente por dos bujías.

—Es penosa la misión que traigo—dijo el magistrado en cuanto estuvieron solos—; pero yo la conozco, señora, sé que tiene un alma fuerte...

—Y probada por la desventura—interrumpió Vittoria—. No se engaña y puede hablar libremente. ¿Ha sucedido alguna desgracia á mi marido?

El magistrado se sorprendió de oírla hablar con tanta calma y acentuando irónicamente las frases.

—Sí, se trata de él.

—¿Ha venido usted á prenderle?—preguntó Vittoria con voz firme, mientras su rostro tomaba una expresión áspera, sombría.

El magistrado la miró á los ojos y de repente la asió las manos y con un gesto lleno de piedad y emoción la preguntó:

—¿Lo sabe todo?

El rubor asomó al rostro de la joven, que respondió con tristeza:

—Sí, todo; cuando yo buscaba al asesino de la señora Moreno, tenía á mi lado, bajo mi techo, un asesino peor que aquél. Sí, lo sé todo—repitió— y no impediré que se haga justicia. Le parecerá extraño cuanto le manifiesto; pero la verdad se debe decir.

—¿No piensa, señora, que si el terrible secreto de su esposo se divulgase, usted misma no sufriría la vergüenza que recaería sobre su nombre? Sí, la verdad debe decirse y se impondría el denunciar al asesino á la sociedad pero en este momento no debe oír usted más que la voz de la piedad, que le dará fuerza para callar como me la ha dado á mí para olvidar en parte mi deber.

—Caballero, no le comprendo; ¿cree que la cosa se puede tener oculta?

El juez levantó gravemente la cabeza.

—Sí—respondió—, porque el culpable no podrá ya confesar su delito; se ha hecho justicia por sí mismo.

Vittoria no demostró ningún terror; pero, acercándose aun más al magistrado, le preguntó con voz firme:

—¿Ha muerto?

—Sí.

Los ojos de la condesa lanzaron un relámpago; la infeliz no pudo ya dominarse.

—¿De qué modo?—preguntó con ansia.

—Se ha disparado un tiro en la cabeza.

—¿Él?

Y mirando el rostro al magistrado exclamó:

—Usted se sorprenderá de oírme hablar así...; pero ¡si supiese cuánto he sufrido yo por culpa de ese hombre!...

Su acento era tan triste, tan dolorosamente sincero, que el comendador Barto se impresionó.

Y la animó á que se lo confiase todo.

La desventurada obedeció.

Conocía que aquel hombre era para ella un amigo sincero.

No se engañaba.

Vittoria habló con calor, con convicción.

Por vez primera en su vida dejó ver todo lo que tenía en el fondo de su corazón lacerado: todos los dolores, todas las recriminaciones, todo el odio se desahogó en un flujo de palabras amargas.

Y cuando acabó estaba sin respiración, sin fuerzas.

El magistrado no había tratado de interrumpirla.

Sin que se lo confesase á sí mismo, en la compasión que sentía por aquella desventurada se mezcló una especie de ternura paternal.

En el fondo de su alma estaba contento de lo que había hecho é iba á hacer para que aquella pobre criatura no sufriese nuevas humillaciones.

El magistrado la cogió de nuevo las manos.

—Comprendo todo lo que ha sufrido—la dijo—; la compadezco y la admiro. Aquel hombre era indigno de piedad. Pero la justicia humana no puede ya herirle. Ha expiado su crimen matándose y ha muerto arrepentido.

Vittoria miró al magistrado largamente, sin pronunciar ya palabra; pero contracciones involuntarias agitaban su labio.

—Escúcheme y la diré cuanto ha sucedido, explicándola por qué no he vacilado en seguir la línea de conducta que me tenía trazada—agregó el comendador Barto—. El señor Moreno conocía toda la historia de su marido de usted y no sé si por espíritu de venganza ó en un momento de desesperación me lo confió todo. Fingí no creerle, tanto más cuanto él ya había acusado de asesinato á otro inocente, á Mauricio Villata. No obstante, procedí á una información. Hice yo mismo un viaje á Umbría, visité el castillo de los condes

de Monterani y recogí todas las pruebas del crimen de su marido. Además, hice exhumar secretamente los restos del infeliz asesinado.

—¿Y se le pudo identificar?— preguntó Vittoria con expresión desgarradora.

—Sí, aunque del verdadero conde de Monterani no quedasen ya más que los huesos, que serán colocados en la tumba de la condesa Amalia. Vittoria agitó los labios; pero sin hablar.

Evocaba en su mente el fantasma del *Tenebroso*, como lo veía desde hacía algún tiempo en sus horas de insomnio.

El magistrado prosiguió:

—Cité á su cómplice á mi despacho. Yo creía que lo negaría en absoluto. Pero, en vez de esto, me lo confesó todo para librarse del remordimiento que la atormentaba. Su arrepentimiento era verdadero y habría aceptado gustosa cualquier castigo. No ordené su prisión porque me suplicó que la dejase á ella atraer al asesino á la habitación donde se había cometido el crimen con el fin de que allí se cogiera á éste confeso de su delito. Quedamos en que á las once de esta noche yo llamaría á la puerta de aquella casa. Y como, á pesar de todas las pruebas que tenía contra su marido de usted, subsistía en mi alma alguna duda, decidí conservar aun el secreto. Pero Alda me había engañado.

Vittoria levantó la cabeza muy conmovida.

—¿Cómo?

El magistrado vió la emoción de la joven y continuó relatándole cuanto ya sabemos.

La emoción de Vittoria aumentaba. Hubo un momento en que no pudo ya contenerse.

—¿Pero ha sido Alda quien le ha matado?— exclamó—. Me lo figuraba, me lo figuraba.

—Su marido de usted ha jurado que la joven era inocente de su muerte. Yo he hablado con él hasta el último instante, porque aunque su herida fuese mortal y en algunos momentos parecía ya un cadáver, se repuso tres veces y pudo hablar y escribir. He aquí su declaración.

El magistrado sacó de la cartera una hoja de papel hecha cuatro dobleces y la entregó á la condesa.

Ésta la abrió y leyóla.

Decía:

«No se acuse á nadie de mi muerte. Estoy cansado de la vida y me suicido. No pido que se conserve afecto alguno á mi memoria, sino sólo un poco de piedad.»

*El conde Darío de Monterani.*

—También ha mentido en el lecho de muerte, firmando con el nombre de su víctima— dijo con energía Vittoria devolviendo el billete al magistrado.

—Es la única mentira que puede usted perdonarle.

## La ley de la vida

«¿Cuán triste sería la vida si no existiera la muerte?»

Regresaba yo de caza una tarde tan sediento y fatigado que antes de llegar al pueblo donde iba, y distante de él como un kilómetro, me detuve ante cierta humilde casa para que en ellas me dieran de beber y ocasión de reposar. Llamé a la puerta, que estaba cerrada, y al momento salió a abrirme y a recibirme una anciana que, como si me conociera y adivinase mi necesidad, me dijo al verme:

—Entre usted, señor; entre y siéntese donde guste.

Dijela yo lo que deseaba y satisfizo mi sed con presteza y curiosidad, pero sin dejar de hablar un momento, en tanto que yo miraba aquel rostro suyo que parecía de estrujado pergamino, a fuer de amarillento y rugoso; su pelo blanco y enmarañado, como de lana, y su cuerpo, enjuto y derecho y cubierto de limpiísimos guijápos.

—Aquí me tiene usted —dijo la vieja— viendo completamente sola, contenta y en espera de la muerte. Como yo soy muy anciana y nada tengo que hacer en este mundo, aguardo con tranquilidad el momento de marcharme al otro, lo cual sospecho que suceda antes de que termine el año.

Observé naturalidad en estas expresiones, tanto despegó hacia la vida e indiferencia por la muerte, un sentido tan frío e imparcial, de las cosas del mundo, que permanecí absorto, mirando a la vieja, sin saber qué decirle.

—Yo, señor —anunció la anciana—, soy dueña de esta casa en que vivo y no tengo en ella más parientes que estos árboles del patio, que son mis hijos porque yo los he plantado.

—¿No tiene usted más hijos que éstos?

—¡Ah, sí, señor; tengo un hijo y dos hijas; pero... lejos de aquí!

—¿Por qué no vive usted acompañada de alguno de ellos?

—Pues... verá usted... Estuve viviendo algún tiempo con mi hija, Basiliña, que es la mujer del guarda de una dehesa que está en aquellos montes que desde aquí se ven azules. Tienen una humilde casa entre aquellas altas breñas y peñascales, y más que del jornal, que es mezquino, viver de lo que caza Tomás, que así se llama el marido de mi hija. Cuando llegué a su casa, Basiliña me recibió

con alegría, sus hijos con extrañeza y Tomás con disgusto; pero como ella pensaba tener en mí quien la ayudara, los niños quien los divirtiese y el amo de la casa quien cuidase de los cardos, no me pusieron muy mala catadura en un comienzo. Sin embargo, cuando vió mi hija que mis manos temblaban demasiado para coser, los niños que mi voz era harto desabrida para cantar, y mi yerno que mis piernas se movían inciertas y pererezosamente al andar, comensaron todos a dolerse del par que yo comía y a mirarme con peores ojos que a una mala coja.

Sucedió al fin que un día, estando a la puerta de la casa merendando uno de mis nietecitos, cruzó por allí el perro hambriento de un cosario y arrebató a la criatura el pan que tenía entre las manos. A los gritos del niño acudió el padre, mientras que yo, alzando mi cayado y con pasos incierto y temblorosos, intenté alcanzar al perro inútilmente para castigar su ratería; pero Tomás, en vez de agradecer mis buenas intenciones, me dijo con desabrimiento:

—Deje al perro, señá Bernarda, que al fin y al cabo el animal no ha hecho más que lo que usted hace, que comerse el pan de mis hijos.

—No me lo dirás dos veces —le respondí.

Y cogiendo el hato, sin despedirme de mi hija, me vine a Villaqueta. La pobre Basiliña, que me quiere y es buena, logró con ruegos y súplicas que me llevase consigo a mi hijo Ramón, el que tengo en Madrid, y con este motivo escribíome una carta y me fui con él a la corte.

Mi hijo Ramón ha vivido desde muy niño separado de mí; aprendió a ayudar a misa, fué monaguillo, le protegió el cura, y ahora es empleado del Banco de España y habla mucho de Bolsa y de bolsillo, por lo cual yo creo que debe tenerlo muy repleto. Allí me recibieron con mucha alegría, especialmente mis nietecitos, porque los niños de las ciudades son más cariñosos que los de los pueblos; pero mi nuera, que es una señorltinga muy espetada, al ver que yo decía algunas veces rediez y cuerno y otras palabras que tengo la costumbre usar, se empeñó en que no había de decir las porque sus hijos no tuviesen ocasión de aprenderlas, y aun pretendió enseñarme algunos vocablos finísticos y relamidos, a los que nunca pude acostumbrarme, porque yo soy muy natural y muy

llana y me gusta llamar al pan, pan, y al vino, vino, como Cristo nos enseña.

Con todo esto, si yo hubiera podido llevar las cuentas de la casa y ser una especie de ama de llaves, para descanso de mi nuera, a quien gustaba mucho figonear por las calles, seguramente no me hubiera ella, tomado tanta ojeriza; pero llegó al extremo de no dejarme salir de un cuartucho sin ventana que me habian destinado, porque decía tener asco y repugnancia de que yo anduviera por la cocina. Ya ve usted, repugnancia de mí, que soy más limpia que los ampos de la nieve!... Sin embargo, todo lo llevé con paciencia por mi hijo y por mis nietos y por no volverme otra vez a mi casa de Villaquieta; pero un día entré a la sala a referirle a mi nuera cierta diablura de los niños, cuando me la encontré que estaba hablando con dos señoras muy paripuestras con sombreros y plumas. Tan pronto como me vió mi nuera, sin dejarme replicar, me dijo con mucha altanería:

—Váyase usted a su cuarto y no salga de él, porque ya le tengo dicho que habiendo visita no quiero que venga por aquí.

No había hecho yo más que salir de la sala cuando oigo que mi nuera dice a las señoras:

—Esta vieja es la madre de la cocinera, que a Madrid ha venido a que la vean los médicos y se hospeda, por desgracia, en mi casa.

Enseguida me volví furiosa y a gritos replicué:

—¡Ni soy madre de la cocinera, ni tuya tampoco, ni ganás, sino que soy madre del amo de esta casa, que es mi hijo Ramón; pero ya que te avergüenzas de mí, esta misma tarde me marchó a Villaquieta, a mi casa, donde yo soy el ama y no me gruñe nadie!

Con lo cual ella quedó corrida y yo desahogada.

**El arbolado público en Alemania.**

Es costumbre en Alemania plantar árboles frutales a lo largo de los caminos que no sólo procuran sombra al caminante, sino que al mismo tiempo producen algunas rentas al Estado, el cual sabe a pública subasta la venta de la fruta, concediendo su aprovechamiento al mejor postor.

El rematador se encarga de la recolección de la fruta y evita que los transeúntes se la coman o roban; y es esta una condición que se exige para evitar reclamaciones, porque en aquel civilizado país nadie se atreve a tocar el arbolado público ni particular.

Allí donde el terreno no es apropiado para frutales, se plantan tilos, álamos y otras es-

gada y me vine al pueblo, como le dije; pero antes quise despedirme de otra hija que tengo en un convento de monjas.

Aquélla salió a recibirme a través de unas celosías, me habló con tono frío y místico, me aconsejó que fuese buena, que me encomendase a Dios, y al toque de una campana desapareció a lo lejos, sin darme siquiera conversación, que les lo menos que se le puede dar a una madre.

Ya ve usted, pues, cómo no puedo vivir con mis hijos y cómo no me queda otra cosa que hacer sino esperar la hora de la muerte.

—Con efecto—respondí—, veo que no tiene usted más hijos que estos que ha plantado en el patio.

—Ni aun esos; porque antes los regaba y cuidaba yo por mi mano y me daban todos sus frutos como me dan toda su sombra; pero ahora he de valerme de un vecino que a cambio de regarlos y podarlos, se lleva más de la mitad de lo que producen, puesto que no sirvo ni para espantar los gorriones, que se rien de mí y en mis barbas se comen la fruta madura, dejándonos a media ración. No puedo servir a los demás, ni tengo medios para que los demás me sirvan; por todo lo cual deduzco que si morir es muy triste, es más triste todavía vivir demasiado. ¡Esa es la ley de la vida!

Despedime de la vieja, agradeci su cortesía, y salí de allí pensando que aquella rústica mujer había coincidido con aquel célebre filósofo de la antigüedad que dijo:

—¡Cuán triste sea la vida si no existiera la muerte!

RAFAEL TORRONÁ,

Comunicación de Rafael Torroná.

Comunicación de Rafael Torroná.

Comunicación de Rafael Torroná.

Los árboles productivos se plantan a la distancia de diez metros uno de otro, cuando la carretera se halla al mismo nivel del suelo y cuando se trata de terreno removido se ponen a unos cuatro metros.

En el Sur de Alemania es donde los árboles frutales abundan más en las carreteras. Existen allí gran cantidad de ciruelos, cerezos y perales a lo largo del camino, particularmente en Baviera y Sajonia, donde también se rematan al mejor postor en lotes de 10 o 20. Los árboles están numerados para su mejor distribución y cuidado.

## Humorismo yanqui.

Un norteamericano llamado Wilder, de paso en Londres, refirió a las damas de la buena sociedad inglesa varias historietas que hicieron sus delicias. Una de estas anécdotas, que la Prensa británica reprodujo, es la siguiente: «Cierta vez, viendo a un hombre ahogarse —refiere el discípulo de Mark Twain— pregunté así: ¿Cómo se llama usted? ¿Cuál es su profesión? ¿Dónde trabaja? Aquel desesperado, creyendo que yo tra-

taba de salvarle, me dió las señas que le pedía. Y luego se hundió en el agua. Pero yo, lejos de darle ayuda, corrí a casa de su patrono y le dije: —Caballero, solicito la plaza de un empleado de usted que acaba de ahogarse. —Imposible, amigo mío. —¿Por qué? —Porque otro más diligente ha sustituido ya a ese pobre hombre. —¿Más diligente? ¿Quién es? —El que le echó al río.

# Servicio telegráfico y telefónico de nuestros corresponsales Madrid, provincias y extranjero.

## EXTRANJERO

### Servicio especial de la AGENCIA HAVAS

#### Tratado aprobado.

Paris, 17 (25'25).

Se ha promulgado la ley aprobando el tratado franco-marroquí de 30 de Mayo de 1910 sobre la organización del protectorado francés en Marruecos.

#### Reconocimiento.—Deber de amor.

Lisboa, 18 (2'50).

Comunican de Chavez que la noche pasada un pelotón de caballería exploró la frontera española, regresando.

Llegó de Tuy la vizcondesa Godin, cuya hija estaba prometida con Pedro Costa, muerto en el combate del 8. Desenterraron el cadáver, reconociéndolo, y mandaron trasladarlo al pueblo natal. Regresaron después a Tuy.

#### ¿Nuevo gran visir?

Constantinopla, 18 (5'00).

El sultán ha ofrecido el cargo de gran visir a Tewfik-Pachá, embajador en Londres.

#### Nueva peste.—Desmintiendo.—Gran visir.

Paris, 18 (6'45).

Dicen de Argel a *Le Journal* que han succumbido nueve personas atacadas de un mal misterioso. Las autoridades temen que se trate de una nueva peste.

*Le Matin* desmiente el rumor circulado de que la infanta Eulalia se divorcia para casarse con un periodista francés.

Comunican de Constantinopla que Tewfik-Pachá ha sido nombrado gran visir.

# ULTIMOS PARTES.

La «Gaceta».

Madrid, 18 Julio (10 mañana).

## La Gaceta pública:

Leyes del ministerio de la Guerra, entre ellas concediendo el ascenso a catorce sargentos de los tabores de policía y otra disponiendo que en lo sucesivo haya dos categorías en las clases de tropa de las armas y Cuerpos combatientes: una constituida por soldados, soldados de primera y cabos y otra por sargentos, brigadas y sub-oficiales.

Anunciando que desde el primero de Agosto próximo se admitirá para su pago el cupón número 45 de la Deuda amortizable al 5 por 100, emisiones de 1900, 1902 y 1903.

Anunciando haber sido declarados contaminados de peste Puerto-España, Trinidad, islas de Barlovento.

## El ex policía Iglesias.

A las doce de la noche llegó al Juzgado de guardia el ex policía Iglesias en un automóvil, conducido por dos agentes de policía.

Seguidamente el juez, señor Martínez Enriquez, comenzó a tomarle declaración.

Dijo Iglesias que algunas de las manifestaciones que le atribuye *El Duende de la Colegiata* en el *Heraldo* las hizo, en efecto, pero en broma, y negó otras.

A las cuatro de la madrugada, después de haber declarado ante el juez de guardia, ha sido puesto en libertad el ex policía Iglesias.

## ¿Paiva Conceiro detenido?

Orense.—A última hora ha circulado el rumor de que Paiva Conceiro ha sido detenido en un pueblo cerca de Verín, internándosele en España, con parte de su columna.

## Portugueses conducidos por la guardia civil.

Ponferrada.—Llegaron aquí numerosos portugueses conducidos por la guardia civil. Son soldados de la disuelta columna de Paiva Conceiro.

Entre ellos viene Homen Christo.

Se ha negado permiso para trasladarse libremente, obligándosele a ir entre guardias civiles, como un delincuente. Se duela de que se practique esto, en persona que puede costarse el traslado. Así se hizo con los jefes y oficiales de la columna deshecha, con promesa de que se internarían.

Este rigor con Homen Christo obedece a indicaciones del Gobierno portugués.

## Nuevos acuerdos de paz.

Melilla.—A consecuencia de las conferencias celebradas fuera de las posiciones entre el general Jordana y los jefes de Melilla y Benibuyengi, vinieron a Melilla los notables de Norte de Benibuyengi revestidos de poderes para ratificar los acuerdos de paz.

Vienen también los de Ulad-Setut.

Conferenciaron con Jordana, recorrieron las calles de la población y fueron al teatro.

Ayer Aldave y Jordana recibieron a los jefes de las fracciones y conferenciaron dos horas con ellos. Se puntualizó la conducta para el porvenir y las garantías que habrán de observarse. El general Aldave les dio un te, al que también asistieron los generales de la plaza. Pidieron que dos enfermos fueran reconocidos por un médico. Uno de ellos hacía veinte años que no venía a Melilla.

## Bolsín mañana.

Interior, 84'67 dinero; Nortes, 88'75 dinero; Alicante, 84'75 dinero; Andaluces, 57'40 el ero.

Imprenta de EL PRINCIPADO, Escudillera Blanca, 3 bis, bal.